



XXXII

La razón prevalece al fin.

AL abrirse la Cámara, la agitación por el divorcio, que durante el tiempo de las vacaciones parlamentarias había perdido bastante intensidad, recobró nuevos bríos y fué creciendo más, cuanto más avanzaba el momento en el cual se debía llegar á la votación definitiva de la ley.

En las últimas jornadas de las sesiones precedentes, Gobierno y mayoría habían realizado grandes esfuerzos para sacar adelante el proyecto. Pero la minoría, estuvo en la brecha, obstinada en prolongar con toda clase de recursos parlamentarios la discusión, confiando en que regresando los diputados á sus distritos durante las vacaciones, y encontrándose más en contacto con sus electores, algunos se separarían del núcleo artificial é híbrido de la mayoría parlamentaria, haciendo naufragar la famosa ley y acaso también el Gobierno.

Advertido de tal táctica el Ministerio y temiendo sus consecuencias, se había apresurado á adelantar la discusión, habiendo propuesto que el resto de los artículos se discutiesen en común antes de la clausura del Parlamento para llegar en seguida á la votación final. Pero no pudo conseguirlo: la propuesta fué

rechazada por la Cámara por pocos votos de mayoría, y, por lo tanto, la cuestión del divorcio quedó aplazada para las nuevas sesiones.

Ahora, pues, se esperaban las últimas batallas, las que debían decidir la suerte de la campaña.

En una de las primeras sesiones se leyó una declaración colectiva de varios grupos de la minoría, en la cual se invitaba al Gobierno á retirar la ley del divorcio, por ser contraria al sentimiento y á la voluntad de la gran mayoría del país. La declaración concluía con estas amenazadoras palabras: «Si el Gobierno, persistiendo en su propósito, insiste en aprobar y votar una ley tan impopular, nosotros continuaremos agitando al país y combatiendo sin descanso contra la iniquidad legislativa, realizada en daño de las esposas y de las madres italianas, y no depondremos las armas hasta que con la abolición de la nefasta ley, la mujer haya reconquistado en el santuario doméstico todos sus derechos, pudiendo desenvolver en él su misión doméstica y social.»

El Presidente manifestó que no podía someter á discusión tales declaraciones porque eran inconstitucionales en el fondo y antirreglamentarias en la forma; añadiendo que se habían dirigido á la Cámara únicamente para intimidar á los diputados que oscilaban entre la mayoría y la minoría, y para agitar al país contra el divorcio con la publicidad de las crónicas parlamentarias. Por lo tanto, declaró agotado el tema, invitando á la Cámara á reanudar el debate de la ley sobre el divorcio.

Como cuestión previa propuso á la Asamblea deliberar sobre las peticiones de las mujeres italianas, contrarias al contenido de la ley.

Aquí se promovió el primer tumulto.

Los adversarios del divorcio pidieron que las peticiones fuesen examinadas inmediatamente; en cambio los contrarios propusieron que fuesen archivadas, aduciendo, como razón, el hecho

de que no teniendo en Italia las mujeres derecho al sufragio, les faltaba la legitimación necesaria para alterar las labores legislativas.

En la lucha entre ambos campos intervino el Gobierno, proponiendo que las peticiones fuesen entregadas á una Comisión encargada de examinarlas y de dar cuenta de ellas á la Cámara.

La proposición fué aprobada por la mayoría, aunque por pocos votos.

Reanudada después la discusión sobre el divorcio, el combate por ambas partes se acentuó adquiriendo un carácter cada vez más áspero y encarnizado.

Se discutía sobre los motivos legales para el rompimiento del vínculo conyugal y hasta se había obtenido mayoría para algunos de ellos, cuando se llegó al mutuo acuerdo por la incompatibilidad de carácter después de un año de convivencia. Este era el paso más difícil en que se encontraba el Gobierno; por lo mismo la feliz aprobación de la ley podía considerarse como segura.

Aquí se habían concentrado todos los tiros de la oposición, dando siempre nuevos incentivos para agitar el país y fomentar las iras, las protestas y las demostraciones de las mujeres para desacreditar toda la ley ante la opinión pública. Porque como observaban justamente los adversarios del Gobierno, con tal reforma la mujer, con su prole, estaba á merced del marido tirano y brutal, quien podía arrancarle el consentimiento para desatar el vínculo conyugal por medio del terror.

Bajo la impresión de la reprobación universal y de la formidable oposición, con que la mayoría del país no dejaba de protestar, algunos diputados favorables al divorcio habían ya inducido al Gobierno á descartar de la ley semejante motivo, como una verdadera piedra de escándalo, especialmente para las mujeres. Y el Gobierno se hubiese negado á semejante con-

cesión para salvar el resto de su empresa legislativa; pero el nervio de la *radicalería* dominante había puesto pies en pared, amenazando con derribar al Ministerio, si cedía á las exigencias de la oposición. La propuesta, fué, pues, mantenida y el Gobierno declaró que la hacía suya.

Por lo tanto, se había llegado al punto crítico ó á la batalla decisiva.

Si la mayoría resistía á esta prueba, la votación definitiva de la ley estaba asegurada y el Gobierno radical-socialista salía del debate con mayor fuerza que nunca; pero en cambio si vacilaba bajo los golpes de la minoría con la pérdida de algunos votos, se desplomaba toda la ley y con ella el Ministerio, determinando una crisis que daría el Poder á los adversarios.

La Cámara presentaba el aspecto de las grandes solemnidades parlamentarias. Todos los diputados estaban en sus escaños. Las tribunas llenas; los ministros en su banco. La expectación que se leía en todos los semblantes daba mayor relieve al aspecto verdaderamente majestuoso de la Asamblea.

Á los largos discursos de oposición siguió en aquella jornada decisiva una verdadera granizada de invectivas é insultos contra la conjura, urdida en los antros de la masonería, de quien eran simples secuaces los débiles miembros de la mayoría.

El divorcio, por mutuo acuerdo, fué designado por un orador como *el acto más cobarde de servilismo hacia el jacobinismo francés*; por otro, de *asesinato legal de la mujer italiana*; por un tercero, de *la consagración legislativa del más torpe é inhumano egoísmo masculino*; por un cuarto, como *la sanción de una nueva barbarie que condenaba á Italia á la decadencia*; por un quinto, de *envilecimiento físico y moral autorizado del pueblo italiano*; por un sexto, como *el más monstruoso delito de lesa nación*; que, con un plebiscito solemne, universal, de tantas peticiones, protestas y demostraciones contrarias, había manifestado claramente su voluntad soberana y condenado por

completo la ley en totalidad y especialmente el divorcio por mutuo consenso como la parte más detestable de ella.

En medio de la agitación producida por estas frases y las réplicas apasionadas de la mayoría, mientras la agitación llegaba á su grado máximo y amenazaba degenerar en tumulto, se levantó á hablar el último orador de la minoría. Este era Terziglio.

Grave, sobria al principio su palabra, se fué caldeando cada vez más, haciéndose apasionada y vigorosa, hasta que, volviéndose á los diputados de la mayoría, les recordó la obligación en que estaban, como representantes de los deseos del pueblo á rechazar el artículo. Les exhortó á que reflexionasen que el pueblo, de quien habían recibido sus poderes, era en sus nueve décimas partes opuesto al divorcio. Evocó á cada uno de ellos la imagen de la propia madre que había llevado el heroísmo sublime del amor materno hasta los últimos límites. Condensó en una potente peroración una infinidad de argumentos, acusaciones, ruegos, amenazas hasta que concluyó por gritar á la mayoría: «Votad, pues, por la traición de la patria: pero sabed que Italia traicionada hará pronto ó tarde justicia sobre los traidores.»

Su discurso fué un verdadero triunfo parlamentario, coreado por aplausos interminables.

Se llegó á la votación.

Concluída ésta, durante el escrutinio, se vió la tribuna presidencial rodeada de diputados que hablaban en voz alta, aguardando con ansiedad el resultado final.

Cuando el Presidente se levantó, y con voz conmovida comenzó á leer el resultado de la votación, se hizo en la Cámara un silencio tan profundo que se podía oír el ruido de una mosca.

Al conocerse la votación, un estrépito de aplausos formidables salió del centro y de la derecha, á los que siguieron entre los vencedores de la jornada un cambio de felicitaciones, de

apretones de manos, mezclados con exclamaciones de alegría y de júbilo, mientras la otra parte de la Cámara apenas podía disimular la propia consternación.

En rededor de los varios jefes de los grupos parlamentarios, los diputados discutían con calor las consecuencias de la votación. Terziglio era el que mayores felicitaciones recibía.

Los ministros se habían reunido en torno del presidente del Consejo, hablando entre sí y comentando la derrota con palabras amargas.

De pronto el presidente del Consejo abandonó á sus colegas y salió seguido del presidente de la Cámara, con el cual celebró un brevísimo coloquio, después del cual éste agitó largamente la campanilla para restablecer el silencio y la atención de la Asamblea, diciendo después de haberlo conseguido:

—Tiene la palabra el señor presidente del Consejo para hacer una comunicación del Gobierno á la Cámara.

La comunicación fué la que todos esperaban.

—El reciente voto del Parlamento sobre la proposición de ley para la reorganización de la familia ha demostrado que el Gobierno no goza ya de la confianza de la representación nacional, porque le falta una mayoría parlamentaria, sobre la cual pueda apoyarse en el ejercicio del poder ejecutivo. Me apresuro, pues, á anunciar á la Cámara, en nombre mío y en el de mis colegas, que inmediatamente daré cuenta de todo esto al jefe del Estado. Entretanto ruego al señor presidente que suspenda las sesiones.

Y se levantó la sesión con el anuncio de que se avisaría á domicilio.

Sobre la aceptación de la dimisión del Gabinete no podía haber duda alguna; la derrota había sido completa.

Se debía, por lo tanto, formar un Gobierno de concentración constituido por la derecha, por el centro derecho y sobre una parte de la izquierda.

En la distribución de las carteras, por acuerdo de todos los grupos victoriosos, se asignó la de Gracia y Justicia á Terziglio, que después de su discurso era el llamado á iniciar las reformas legislativas y las disposiciones ejecutivas más urgentes, para la recta administración de la justicia, detentada por el anterior Gobierno.

Apenas instalado en su poltrona, el nuevo Ministro dijo á su colega de Correos y Telégrafos.

—Nosotros no somos un Gobierno de partido. Por eso en mi departamento trataré á todos según sus méritos sin fijarme en sus opiniones. Creo que todos nuestros colegas harán lo propio. Así, pues, si alguno ha sido injustamente castigado por el anterior Gobierno me parece que nuestro deber consiste en enmendar la falta.

—¿De que se trata?

—Se trata de que debemos anular el decreto por el cual la telegrafista Ida Piumetti fué trasladada á Cagliari como castigo.

—¿Qué delito ha cometido?, — preguntó sonriendo el ministro de Correos y Telégrafos.

—Pues el de haber preparado los acontecimientos, cuyos frutos gozamos ahora. Si no hubiera sido por la *Alianza*, que ha sublevado al país contra el divorcio, nosotros estaríamos aun en la oposición. La Piumetti es secretaria de la *Alianza* y fué desterrada á Cerdeña por instigación de mi amigo Brandini, precisamente porque no quiso salir de la *Alianza* para ingresar en la *Liga feminista*.

—Basta, basta. ¿No desea usted más que la anulación de ese decreto?

—Por ahora nada más. Pero conviene que lo haga usted en seguida. Además hay que resarcirla del injusto proceder que se ha observado con ella.

En aquel mismo día fué anulada por telégrafo la orden del traslado de Ida. Diez días después se le comunicaba la confir-

mación del servicio en las oficinas centrales y el ascenso inmediato.

Los lectores se imaginarán la alegría que por ambas cosas experimentaría Ida, la Condesa y las demás amigas de la *Alianza*. Todas rivalizaban en demostraciones de júbilo.

Ida respondía á ellas con sonrisas y con lágrimas. Eran sonrisas y lágrimas de alegría al verse circundada por tanto afecto, después de la victoria obtenida tras tantas penas.

Y se limitaba á decir suspirando:

—¡Si mi madre viviese!



XXXIII

La fortuna ayuda á los audaces.

COMO un caudillo, que habiendo entrado con su ejército en un país enemigo é infligiéndole la primera derrota, procede en su empresa no menos animoso en seguir la fortuna y hacer buen uso de la victoria que cauto y circunspecto en evitar las emboscadas, así la Condesa, altamente satisfecha por el buen éxito de la campaña contra el divorcio, no tuvo estímulo para combatir con energía en la lucha contra el falso feminismo de la Liga, cuidándose más del cambio desarrollado de la Alianza y perfeccionando su organización, experimentando al propio tiempo la necesidad de precaver su obra contra los esfuerzos y las insidias del enemigo, que irritado por el fracaso haría lo posible para tomar el desquite.

Su primer pensamiento, por lo tanto, fué el de reunirse con el antiguo preceptor, que tan sabiamente le había aconsejado, entrar en liza contra el divorcio, iluminándola y dirigiéndola con tanta maestría.

Al anuncio de su visita, el profesor vino al encuentro suyo, siendo el primero en decirle:

—Usted viene para felicitarse pero yo sólo tengo que darle pésames.

—No vengo por felicitaciones, ni acepto pésames, sino que usted me ayude á continuar la victoria, ó como dice un proverbio: á tener al lobo por las orejas.

—No hay más remedio que destrozarlo ó soltarlo. Esto es: ó combatir con mayor nervio para conservar el fruto de la victoria, ó abandonar la empresa y plegar la bandera, contentándose con haber salvado el honor de las armas. Arduo es el primer partido, indecoroso el segundo... Estamos, en suma, entre Scila y Caribdis; por eso quería darle el pésame.

—Y por eso mismo no lo acepto. ¿O es que me cree usted tan cobarde que vaya á abandonar el campo por temor á una derrota? Luego se continuará la lucha. Ardua es ciertamente la campaña y llena de peligros, porque después de la victoria nuestros enemigos están furiosos. Conque, ayúdenos, usted señor profesor, con sus consejos. Nosotras somos unas pobres mujeres que no sabríamos llegar al fin. Si tuviéramos que combatir sólo con mujeres haríamos frente al enemigo; pero no tardarán en luchar los hombres, y entonces, Dios nos la depare buena.

—Ya veo que usted no merece la censura que se le dirigió á Aníbal después de la batalla de Canas, es decir, la de saber vencer y de no saber hacer buen uso de la victoria. Yo tuve la suerte de aconsejarle la lucha y me felicito de ello. La actitud de la Alianza fué como un plebiscito nacional de las familias italianas, plebiscito que bastó para derribar al Gobierno sectario y crear uno nuevo de paso, esto es, de carácter provisional, porque le falta una mayoría parlamentaria homogénea en que apoyarse; de manera que esta situación no puede prolongarse mucho.

—También yo tengo el presentimiento de ello.

—Las razones son dos: Una consiste en la inconsistencia é impopularidad de los grupos de la derecha, que están todos desorganizados; y además porque los católicos se encuentran divididos por discordias intestinas. La otra es la fuerza brutal de

las *masas* soberanas, que sostienen á los grupos de la izquierda y á la publicidad con que cuentan.

—Entonces el asunto es desesperado, porque nosotras las mujeres nada entendemos de políticos. No obstante, si la *Alianza* consiguiese agrupar en un solo ejército á todas las mujeres italianas!

—Italia estaría salvada.

—¿Es posible? ¿Y de qué modo? ¿Con una mayoría y con un Gobierno que podría componerse de radicales, socialistas, anarquistas, ateos?..

—Pero que las mujeres cambiarían, lenta y seguramente en un Gobierno de cristianos y ciudadanos.

—¿Poniéndose en lugar de los hombres?—preguntó irónicamente la Condesa.

—Ejercitando la propia misión doméstica y social para la formación de los legisladores y de los ministros.

—Claro. Tan persuadida estoy de eso que lo repito á todo el mundo. Pero esta acción indirecta sobre la cosa pública es tan larga!

—¡Paciencia! Las curas radicales y las grandes reformas siempre son largas. Con el tiempo la hoja de morera se vuelve seda, dice el refrán chino. Por otra parte, tal acción indirecta es labor propia de la *Alianza*, y todas las ventajas de las mujeres, que sabrán recoger el fruto de la victoria obtenida en la cuestión del divorcio.

—¿Qué piensa usted que debemos hacer?

—Conquistar las *masas* soberanas.

—¡Imposible! ¿Aliarse con la hez del populacho? Misericordia.

—¡Pobre pueblo! No es tan malo como parece, así como no es oro todo lo que reluce. Además, cuando digo *masas*, no pretendo incluir en ellas la chusma y la canalla, siempre dispuesta á pescar en agua turbia; sino á la opinión pública, forma-

da por todos aquellos que, reconociendo en una empresa de índole general los verdaderos caracteres de la popularidad moderna y encontrándola capaz de luchar felizmente con la falsa popularidad de los partidos subversivos, están dispuestos á favorecerle, á sostenerle, á tomar su defensa en la vida pública con todos los medios de la publicidad moderna.

—¡Muy bien, profesor! Ahora sí que ha dado usted en el blanco. Si nuestra *Alianza*, como instituto nacional, no consigue reforzar su estructura orgánica, nuestros enemigos la obligarán á no ocuparse más que en obras benéficas, impidiéndola todo género de ingerencias en la vida pública; de manera que perderíamos la ventajosa posición que hemos conquistado con el éxito de la agitación contra el divorcio, y la *Liga* invadiría por sí sola todo el campo de la organización femenina, debiendo la *Alianza* retirarse á la vida privada.

—¡Cierto! ¡Muy cierto! Veo, Condesa, que entiende usted el juego mejor que yo.

—Usted me ha enseñado á combatir la malicia con la malicia.

—¡Diantre! En cuanto á malicia la alumna sabe más que el maestro, y le sobra habilidad para regir la barca. Ya no le queda á usted más que lanzarse en alta mar.

—¿Con cuál bandera?

—Ya lo he dicho; con la más popular.

—Pero, ¿cuáles son sus colores? Me parece, profesor, que al batallar con los enemigos sobre el campo de la organización femenina, la *Alianza* no debe mostrar patente en las instituciones de índole económica y social su carácter religioso.

—¡Es una idea oportuna! Hoy la vida pública es pagana y las grandes multitudes ciudadanas no se mueven por un estímulo puramente religioso. Para llevarlas á la Iglesia se ha de arengarlas en la plaza, hablando el lenguaje corriente... Luego internamente aliento, espíritu y vida religiosa; exteriormente *eti-*

queta ó bandera laica. Así tendremos el viento siempre de popa.

—¡Dios lo haga! Ahora otra cosa. En las distintas Asociaciones que las mujeres hemos fundado hasta el presente, la dirección y la administración permanecen, por lo general, en manos de las señoras que las han constituido. Al principio fué ésta una verdadera necesidad, porque era muy difícil encontrar entre las mujeres del pueblo personas idóneas para desempeñar tales cargos; pero tales preferencias empiezan á producir recelos.

—¡Signos de los tiempos! Estamos en plena democracia con el sufragio universal. Lo saben y lo sienten hasta las mujeres. Por lo tanto, el ordenamiento de las Asociaciones quiere ser autónomo; los cargos de dirección y administración electivos entre las asociadas. Para atraerse la simpatía de las gentes, conviene demostrarlas que son soberanas.

—Exacto, profesor. Veo que usted lo adivina todo... ¿Y qué otra cosa me aconseja, para hacer verdaderamente popular nuestra obra y capaz de resistir á la guerra despiadada que habrán de prepararle sus enemigos?

—Hablar con los hechos.

—¿Hablar con los hechos? ¿Quiere usted significar con ello incitar á las mujeres á entrar en la *Alianza* con la evidencia de obtener ventajas materiales y morales?

—Ni más ni menos: es preciso hacer la mayor propaganda posible en la Prensa de tales ventajas. La Prensa es en la actualidad el regulador infalible del éxito. Quien tiene más lectores, tiene más razón, más fuerza, más autoridad, más recursos, más fama, más todo.

—De modo que no resta más que reforzar las filas, esto es someter la *Alianza*, como institución nacional á una disciplina, tan rígida y tan elástica al propio tiempo, que, salvo siempre la autonomía particular de las varias Asociaciones, puedan entrar en ella personas de todas las procedencias.

—¡Eso! Eso precisamente... Por vida mía, Condesa, deja usted en mantillas á su maestro.

—Yo no soy en todo caso más que una discípula aprovechada. Ahora que me ha dado la lección, ¿quiere usted ayudarme á llevarla á efecto?

—Hay que machacar el hierro cuando esté caliente. El entusiasmo por la gran victoria alcanzada contra la ley sobre el divorcio está aun vivo, y es preciso aprovecharse de él.

—¿Nos favorecerá la victoria?

—La fortuna ayuda á los audaces.

—Y rechaza á los tímidos.

—¿Luego estamos de acuerdo?

—Más que de acuerdo. Identificados.

Alentada por tan sabios consejos, la Condesa se marchó contenta, pensando para sí en todo lo que había de hacerse para llevar á la práctica sus nuevos designios.